

Además de febrero y agosto hay algunas cosas que enero no es

A Lourdes

“Además de tus ojos hay apenas algún otro fulgor en el mundo.” Natalia colgó el teléfono, sonriendo. Era una mujer consciente tanto de su belleza como del mundo en que vivía; la llamada anónima le agradó: en este tiempo de telefonemas obscenos y asaltos a mujeres en plena calle, era insólito oír una cosa como esa. A la noche siguiente, la misma voz suave, reposada, dijo: “Tus brazos son las raíces de las conchas marinas”. Hubo un silencio en la línea. Natalia estaba a punto de actuar con su fuerza característica, soltar una risotada y luego una hiriente frase sobre la cursilería intolerable, pero de pronto se sintió molesta y con brusquedad cortó la comunicación. De manera que se trataba de un bromista absurdo que leía párrafos de algún libro con afán de hacerse el gracioso. Pero el enojo se fue borrando, y Natalia permaneció despierta un buen rato tratando de explicarse el fenómeno. Por fin se fue deslizando hacia el sueño con una secreta admiración por el lenguaje desusado; tendría que buscar ese libro.

El día siguiente la distrajo con su avalancha de compromisos, las tareas de una joven en medio de una sociedad ávida de belleza. El episodio del teléfono estaba olvidado, pero de forma desacostumbrada Natalia llegó temprano a su departamento y se quedó mirando la ciudad como solía hacerlo en otro tiempo de menor ajetreo. Le gustaba vivir a esa altura, doce pisos y ya era capaz de sentirse perfectamente aislada. La enorme ciudad se transfiguraba: apenas un mapa animado, luminoso. Cuando arribó la mañana, la divirtió el darse cuenta de que todas sus actividades preparatorias para un intenso día de trabajo las realizaba cerca del aparato telefónico. Recordó la voz un tanto ingenua que leyera de algún libro polvoriento. El viernes de esa semana agotadora, Natalia llegó en la madrugada luego de una abundante cena de navidad. El teléfono sonaba: “Mírate con detenimiento: no posees animales porque cada mañana cuando retiras la mantas, inunda tu aposento una parvada de gorriones”. A pesar de su prevención, de las agudas frases que ya había preparado, Natalia se dio cuenta de que no sentía esa ira necesaria para dar fuerza a la réplica. La línea reposaba en completo silencio, pero era posible sentir al hombre del otro lado, tranquilo, *escuchando*. Colgó de inme-

diato, y las preguntas la asaltaron; ¿cómo ese individuo estaba al tanto de la ausencia de mascotas en el departamento? El tono de esa voz revelaba una certeza, como si el intruso supiera sin lugar a dudas que a Natalia le desagradaba la idea de quitar la libertad a un animal, enjaularlo buscando compañía. De seguro se trataba de una coincidencia: en el libro que ese irresponsable se adjudicaba había aparecido una frase que se adaptó azarosamente a las circunstancias. Por supuesto, ese pobre era uno de tantos que sin cesar le presentaban en las fiestas, se había prendado de ella, hizo averiguaciones, consiguió el número telefónico. ¿Y cómo explicar lo otro? Fácilmente: numerosas personas estaban enteradas de que no tenía animales domesticados. Satisfecha, Natalia sonrió: ya le habían advertido que una mujer que vive sola es susceptible a ese tipo de eventualidades, incluso era curioso que sólo hasta entonces le sucediera algo así. Además no dejaba de tener su gracia. (A la mañana siguiente soltó una carcajada cuando salía del lecho: ¿dónde están los gorriones que no los veo?) La voz dijo: “Además de febrero y agosto hay algunas cosas que enero no es”. A Natalia le asaltó una aprensión: envanecida con la imagen de un admirador secreto, ¿habría pasado a la ligera ante la posibilidad de un peligro real? Oprimió el auricular contra el aparato con si quisiera cortar esa comunicación para siempre. ¿No debería tomar ciertas precauciones, hacer una denuncia? ¿Por qué había sido tan ciega de no deducir en aquella voz el comportamiento de un alienado? Sin embargo, ¿cómo podría plantear la situación, hay un hombre que me dice al teléfono fragmentos de poemas? Natalia sonrió imaginando la escena: pero señorita, ¿alguna amenaza, alguna propuesta indecorosa? No, sólo poemas. Era realmente absurdo. No había en esas llamadas ni un regusto ominoso ni la menor vacilación. ¿Qué era aquello? Eso de “además de febrero y agosto...” sonaba como una adivinanza. ¿Este hombre leería no uno sino varios libros? Aceptando el acertijo cuya respuesta era presumiblemente la identidad del misterioso lector, Natalia intentó hacer un recuento de los posibles candidatos. Condiciones: imaginación, insólita seguridad, impecable control del tono de voz, audacia, dominio de las emociones, afecto por la poesía. Un actor, quizá. La vida diaria de Natalia la rodeaba de personas de diversos oficios, en todos los niveles de cercanía. ¿Cómo examinar la abundante serie de conocidos en la gran ciudad de que una u otra manera podían entrar en la lista de sospechosos? Consiguieron aislar seis o siete nombres, y los fue elimi-

nando uno a uno por varias razones pero sobre todo el *timbre* de esa voz: si la oyera en cualquier sitio, incluso sumergida en una multitud, podría reconocerla al instante.

Natalia se enorgullecía de su libertad creativa, de su independencia duramente conquistada, de su vida suelta que rechazaba las ataduras, sobre todo la del matrimonio. Si su desempeño profesional era multitudinario, en su interior gustaba de la soledad. Por primera vez lo lamentó: acaso el hombre del teléfono la estaba cercando paulatinamente para dar un golpe final. Natalia comenzó a sentir miedo, una sensación que creía por completo desterrada en su vida. Mandó colocar una nueva cerradura en la puerta de su departamento, dio al portero del edificio una lista de personas que serían las únicas en ser admitidas para visitarla. Ella era la primera sorprendida por el tamaño de su miedo, incluso hubo un momento en que trató de ignorar el frecuente ruido del teléfono. A la tercera ocasión su actitud le pareció indignante, cobarde, opuesta a su lema: la audacia. Levantó el auricular sabedora de que si se trataba de ese individuo, no podría dominarse: su miedo proferiría amenazas, gritos, acaso llanto. No se presentó la voz: una tras otra, las llamadas del mundo le mostraban la reverencia de siempre, ofertas de trabajo, incesantes cortejos de variado ímpetu, las amigas que no dejaban de regañarla por ese aislamiento e insistían en llevarla de vuelta a los privilegios, al cúmulo de placeres sociales prometidos a las jóvenes que saben disfrutar la vida. Ante el silencio de aquel hombre, Natalia quiso demostrarse su victoria sobre el miedo a través de la acción: se dedicó a oír con extremo cuidado todas las voces masculinas que la rodearan en cualquier circunstancia, aguzaba el oído en busca de ese timbre inconfundible. Cuando esta búsqueda resultó infructuosa, pensó tener alguien a la mano, bajo algún pretexto retenerle durante varios días para que escuchara la llamada insólita. La voz se mantuvo ausente. Natalia se volvió irascible: corría al teléfono con el ferviente deseo de que se tratara del desconocido. Pronto el miedo comenzó a disiparse y la seguridad retornó. Enojada consigo misma renunció a toda compañía. Las personas que se habían extrañado ante los accesos de nerviosismo sombrío en la que siempre era el brillante y casi mágico centro de la atención, cedieron de nuevo sin reservas ante Natalia y su encanto irresistible, la vitalidad que se entregaba al mundo con abundancia pero con límites claramente marcados.

Una noche a mediados de enero, levantó la bocina: "Tienes en las manos las llaves perdidas del reino, y en los labios la flauta que despierta a las tormentas". Pocas palabras, elocuencia oscura. Natalia no tuvo miedo sino una intensa curiosidad: trató de adivinar en el tono de esa voz las probables vibraciones de la demencia, la agitación mórbida, la mordacidad, pero sólo encontró el mesurado silabeo, acaso muy en el fondo un leve residuo de tristeza, incluso una reposada timidez. Y al final de todo, el silencio cuando el hombre callaba. ¿Qué espera de mí? Natalia quiso preguntarlo y como siempre se vio incapaz de hablar. Colgó con una cierta impostación porque no tenía miedo y exigía tenerlo, deseaba ponerse histérica y comportarse como lo habría hecho cualquiera de sus amigas,

pasar la noche en otra casa o incluso buscar un nuevo alojamiento, lejos de esa zona, muy lejos. Pero ¿no iba eso en contra de su victoria personal? ¿Terminaría por buscar aquello de lo que había huido? Su departamento era el signo de esa batalla ganada; además, ¿cuánto demoraría en llegar esa voz insidiosa a donde se refugiara? Pensó en Fabián, el hombre que ya Natalia dejaba colarse, casi con resignación, en su vida independiente; podía hablarle, sería bueno contarle todo llorando, sentirse muy sola, protegida. Pero no pudo reunir las suficientes razones para tal comportamiento. No se trataba sino de un arrebató de niña que duerme sola por primera vez, soltar un grito únicamente para comprobar que hay alguien del otro lado de la puerta. Contra su deseo, Natalia estaba tranquila y se miraba las manos con una sonrisa amarga.

Las frases reaparecieron a través del hilo: "Tu boca sabe callarse en voz alta, y no dices a los demás lo que les estás diciendo". "Caminas entre los hombres y ninguno de ellos se da cuenta de que a su lado pasa el tiempo detenido." "A veces el espejo te dice la verdad y entonces lo empañas con un vaho que no es fruto del miedo sino de la indolencia."



¿Quién era este hombre que hablaba con tan excepcional seguridad? Natalia nunca había respondido: ¿cómo sabía el lector de versos que era ella quien levantaba el auricular? Insistió en destejér fibra a fibra esa voz rastreando la broma elaborada, en pos de un elemento que delatara su procedencia, las intenciones ocultas. Nada consiguió. La curiosidad se hizo fastidio. A fuerza de seguir necesitando definiciones, Natalia optó por atribuirle a ese sujeto un rostro grisáceo: sin duda era uno de esos que no poseen la exquisitez o la audacia necesarias para un abordaje directo, un desposeído de los canales sociales del cortejo, un timorato alucinado. Pero no acudía una imagen tranquilizante por más que lo visualizaba degradándolo. Iluso, lunático, rata de biblioteca. Lo intolerable era que cualquier conjetura resultaba perfectamente capaz de convivir con las otras, por contradictorias que fueran. La indefinición era lo temible. Natalia comenzó a sentir pena por él y hasta quiso darle aliento, concertar una cita, *mirarlo*. Cualesquiera fuesen su apariencia o intenciones, todo quedaría en su justo sitio en el enfrentamiento. Arrancada del mar de las posibilidades, la verdad sería sin duda muy simple. Estando con él cara a cara sólo habría una respuesta concreta, una alternativa en vez de cientos de ellas igualmente válidas. Piedad, repulsión, aun terror: por sombrío que fuera el descubrimiento era preferible provocarlo si ello prometía dar fin a esa comedia estúpida. Sin embargo, por algún motivo toda certeza largamente construida se esfumaba en el momento de oír la voz que ahora se presentaba sin regularidad, de día o de noche, lunes y martes y luego domingo, una semana en silencio y más tarde tres llamadas al día, siempre al departamento, siempre cuando ella estaba sola. Sin dejarse vencer en su designio de no pedir ayuda si no era estrictamente necesario, Natalia intentó otros caminos: escribió unas cuantas de esas frases estrambóticas, las mostró a un viejo librero amigo para identificar al menos uno de los volúmenes de donde obviamente procedían. Era una aguja en el pajar que no asomó ni por analogía. En un fugaz momento, Natalia quiso valerse de ciertos refinamientos electrónicos: grabar la voz, amplificarla, analizarla. La complicación de alambres, cintas y diagramas terminó en cansancio. ¿De qué servía todo aquello si lo que se registraba no era más que una voz nítida y pausada, un puñado de frases que a muy poco podían conducir aun si otros las escucharan? ¿Y no terminaría por desquiciarla el oír una y otra vez las grabaciones, esos ritmos que en la reiteración se hacían hipnóticos? Un orgullo repentino la sacó de su encierro obsesivo: el desafío era sólo para ella, sin ayuda de terceros ni instrumentos desdibujantes. Si había un enigma, acaso no iba a resolverse sino en lo *inmediato*. Natalia destruyó los registros y se deshizo de las máquinas. ¿Cuánto habría cambiado en ella sin saberlo desde aquel momento en que levantó la bocina para iniciar eso que seguía sin nombre? Volvió a una de sus aficiones canceladas: deambular por la ciudad sin rumbo fijo. No obstante, ahora también había un dar la cara, mostrar la altiva aceptación del desafío; analizaba los rostros, las miradas impersonales, se detenía frente a los aparadores para buscar en el reflejo de las cristalerías una presencia que extrañamente estaba segura de poder identificar. Retornó a las ceremonias sociales, brilló como nunca antes en su papel de eje y de faro.

El teléfono era la incesante expresión de un mundo que había redoblado homenajes, demandas y atenciones. Pero la voz llegaba con exactitud, en ese intervalo en que la embriagadora actividad daba paso a la fatiga y al deseo de recogimiento. Pese a todo barullo, un sabor de sueño se iba filtrando desde el auricular, gota a gota. ¿Hubo en verdad un tiempo sin esa voz? ¿Cómo eran las cosas "antes" de ese arribo sonoro? Natalia se sorprendió luchando a cada paso contra una niebla envolvente, absorta.

"Recuerdo tu piel, manto lechoso donde flota un aura de amanecer." ¿Qué la había estremecido de esa manera? "Recuerdo." La palabra resonó con ecos agudos, todo adormecimiento fue eliminado en un instante. ¿Qué podía *recordar* ese individuo? Las preguntas se desbocaron luego de una larga hibernación: ¿quién es? La edad resultaba indiscernible, ¿un anciano con voz firme y lozana o un joven prematuramente maduro, es decir ya capaz de hablar con la resonancia del que ha oído mucho? "Recuerdo." ¿Un hombre que la conociera cuando Natalia era una niña? Por fin enfrentó la frase completa. Incrédula, casi decepcionada por la risible respuesta al enigma, se detuvo en el sutil pero firme trasfondo erótico: ¿después de todo no se trataba sino de un antiguo amante olvidado? El número de sus encuentros amorosos no era vasto, Natalia recordaba cada ocasión con cierta exactitud: su memoria siempre había sido excelente. Hizo una lista de nombres, comenzando por aquella primera noche junto al mar. Emilio. Lo había encontrado recientemente, era ya un próspero arquitecto con una familia incipiente. Pero al recordar aquel encuentro de adolescencia, ¿por qué el rostro de Emilio brotaba en la memoria con menor nitidez que el entorno, la bóveda estrellada, un gran pájaro blanco que pescaba en la oscuridad? ¿Por qué el primer amante importaba menos que el sitio elegido? Examinando la lista, Natalia encontró que conservaba como amigos a sus amantes y que, desde Emilio hasta Fabián, podía reconocer sus voces con suficiencia. ¿Uno de ellos estaría llamándola impostando la voz o sirviéndose de una estratagema por medio de máquinas que alteraran las fibras sonoras? ¿Para qué? De alguna forma todo retorcimiento, toda farsa quedaban anulados por ese timbre impecable y... desnudo. ¿Alguno en la lista era poeta? Natalia recordaba ciertas cartas, recados en el espejo del baño con dibujos de espuma, dedicatorias acompañando ramos de alhelies, pero ninguna de tales escrituras era comparable a ésta, a tan inconfundible estilo al acomodar las palabras. Se dio cuenta de que estaba rechazando una de sus últimas certezas: la de que el desconocido *leía*. El alivio se esfumó y, con él, los últimos restos de somnolencia.

El teléfono sonaba, la voz acudía a Natalia como desde muy lejos sin contradecir su perfecta claridad. "Eres la respuesta a una pregunta que nadie ha formulado." ¿Por qué no pronunciaba su nombre, *Natalia*? ¿Por qué a pesar de esa omisión sabía que las frases eran dirigidas a ella y a nadie más? ¿Por qué entonces no aparecía un *te amo* que hubiera colocado a esa voz en un registro manejable, en un código de sangre y huesos, de sed y frío y fuego? Sí, había amor, o algo que entraba

en ese nombre aunque no se pareciera a ninguna forma de amor que Natalia conocía. (Volvió a su enclaustramiento. sin embargo, menos que la reedificación de la muralla, era un claro, desconocido deseo de estar sola.)

Al terminar la última palabra sobrevinía un silencio que para Natalia comenzaba a tener tanto peso como los sonidos, o incluso más. Era el giro al cerrar la frase, algo en la resonancia al diluirse, un erizamiento que enviaba hilos de espera. ¿Esperanza? ¿Un puente colgante, un reclamo indefinible como aquellos rumores que de niña tanto la habían estremecido en un bosque poblado de gacelas? ¿Por qué el hombre se limitaba a esa parsimonia y no emprendía otras acciones más concluyentes? ¿El supremo cazador doblegando a su presa hasta la absoluta sumisión? ¿Una demencial charada sin objeto? ¿O algo aún peor? A fuerza de imaginarle rostros, Natalia cruzó la última puerta de las suposiciones: ¿habría un cuerpo monstruoso tras esa voz? Y más tarde, con un sobresalto: ¿habría un cuerpo? No, no era *ese* abismo el que brotaba del hilo telefónico. No era un espectro: ni siquiera la niebla podía tener tanta paciencia. Y él no era sino paciencia, y su

voz latía vívida, a pesar de todo *de este lado*, llena de matices inmediatos. Tras su última palabra, el hombre daba paso al silencio: ni respiración acelerada ni el menor ruido delator. Natalia agotó la gama de los sentimientos y supo que había otros, sin nombre, sin repetición, sin uso. ¿Cerca, lejos? ¿Ahora, mañana? En uno de esos instantes en que el trasfondo sonoro venía abismal y nítido hasta primer plano, un recuerdo perdido la asaltó: Natalia niña en un acantilado frente al mar. Se había quedado en el borde del precipicio, sola, mirando la inmensidad con una creciente fascinación; el abismo la llamaba, poco a poco, con dulzura... Ese mismo sabor de inminencias despojadas de contornos venía en cuanto la voz se trocaba en silencio, y acaso por ello era siempre Natalia quien interrumpía la comunicación: los hilos iridiscentes la apuntaban, agudos pero no irruptivos, cada vez más cercanos y cada vez más pacientes. ¿Qué era lo que le resultaba atroz, la paulatina proximidad anónima o la tersa espera insobornable?

Natalia terminó por ignorar las palabras, hechizada por ese silencio aterciopelado y antiguo. Entonces vino una frase que la obligó a atender de nuevo a la voz: "Toma la esfera de cristal que tienes junto al lecho y examínala con cuidado. Las galaxias flotan en su interior".

Una de las últimas noches de enero, Natalia se descubrió observando fijamente la esfera de cristal, uno de los pocos objetos que conservaba de su niñez. El teléfono llamó: "Los tres lunares que dibujan un triángulo en el interior de tu muslo izquierdo son el mapa de una constelación que ningún hombre conoce". Con movimientos suaves Natalia se desnudó lentamente y contempló los lunares con un asombro sedoso. El espejo de la recámara le devolvió su belleza, un extrañamiento de cuerpo entero. ¿Cuánto hacía que no se miraba de esa manera? O mejor: ¿se había observado así alguna vez? Fascinada por la tersura de su piel destrenzó la cinta que ataba su cabello. Simplemente se contemplaba con una delicia parsimoniosa, alternando giros, pausados movimientos de los dedos, de los brazos, del cuello, de las piernas. Una parte suya divagaba, volvía a aquella escena frente al mar, Natalia niña danzando desnuda junto al borde, convocada por la inmensidad. ¿De qué color era el agua, cuántas lunas había en el cielo? La divagación terminó. Natalia se miraba en el espejo, quieta. A través de la imagen reflejada se dio cuenta de que esta vez no había colgado el auricular. Con lentitud se lo llevó al oído: "Acércate a la ventana y observa las estrellas". La voz se detuvo y sobrevino el silencio antiguo. Natalia fue hasta el ventanal y lo abrió con un amplio movimiento. El intenso frío de enero actuaba sobre la ciudad, despertándola, e invadió el aposento en una súbita ola de resonancias. Pero Natalia no temblaba. ¿Qué eran esas fulguraciones cristalinas que entraban por el balcón? Sonriendo, se dijo: *gorriones*. Pensó que tendría que quitar el cerrojo a la puerta, y de inmediato supo que no era necesario. En sus ojos, en sus oídos, en su piel despertaba el recuerdo. Miró las estrellas, y no tuvo miedo. "Sí", dijo, y se quedó esperando. ♦

